

## **FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CAMPO**

**Rosinos de Vidriales, 27 de agosto de 2016**

Durante los nueve días precedentes a esta fiesta habéis venido a ofrecer a la Virgen vuestras preocupaciones y las de vuestros pueblos, a darle gracias por los bienes recibidos, a escuchar la Palabra de Dios, predicada por los hermanos sacerdotes del entorno y a celebrar la eucaristía donde el Señor resucitado os ha bendecido y santificado con el alimento de su Cuerpo y de Sangre. Estos días han sido un itinerario en el que habéis celebrado con fe y devoción el amor a la Virgen María bajo la advocación de Nuestra Señora del Campo cuyo santuario es como una atalaya de los pueblos del valle de Vidriales. Hoy culmináis estos días de fiesta ante el altar de la Virgen mirando hacia vuestro futuro, el de vuestra familia y el de vuestros pueblos.

Desde esta casa dedicada a la Virgen María, ella contempla con amor misericordioso todo lo que hacéis en vuestras casas, en los trabajos del campo, en vuestros pueblos. Ella, Mediadora de todas las gracias, os alienta a vivir como cristianos en la familia y en el mundo. Sus ojos son misericordiosos, por tanto, no temáis la mirada de la Virgen. No nos mira con ira sino con amor compasivo porque comprende nuestras debilidades, nuestros fracasos y tentaciones. Está dispuesta a cubrirnos con su manto de amor misericordioso para que Dios sane nuestras miserias y así nos presentemos en el día final ante su Hijo Jesucristo limpios y sin mancha para habitar en su casa por años sin término.

En la Carta Pastoral que os he escrito con motivo del año de la misericordia, dediqué un capítulo a la Virgen María, Madre de misericordia. Decía lo siguiente: “El amor de María no conoció límites y traspasó las fronteras de lo comprensible. Ella perdonó y olvidó las ofensas recibidas, aun teniendo - humanamente hablando- motivos más que suficientes para odiar y guardar rencor. Perdonó y olvidó la maldad y la crueldad de Herodes que quiso dar muerte a su Hijo. Perdonó y olvidó a los íntimos del Maestro tras el abandono traidor de la noche del prendimiento, Perdonó y olvidó, en sintonía con el Corazón de Jesús, a los que el viernes santo crucificaron al que era el fruto de sus entrañas. Y también hoy sigue perdonando y olvidando a todos los que pecando continuamos ultrajando a su divino Jesús.”

María aprendió a perdonar y a olvidar contemplando a su Hijo y meditando en su corazón todo lo que pasa a su alrededor. Como ella, nosotros también tenemos que aprender a perdonar y olvidar. Pero ¿Cómo perdonar y olvidar a quien nos hace daño continuamente, al traidor, al enemigo? Es, ciertamente difícil desde el punto de vista humano porque el hombre reacciona siempre con la venganza y el rencor. Pero sabemos por experiencia que esta reacción sólo produce en nosotros amargura y odio que nos carcome interiormente y poco a poco destruye nuestras relaciones. El verdadero cristiano responde a los ataques de los enemigos con el amor fraterno que implica el perdón y el olvido del mal. El amor fraterno no es fruto de nuestros sentimientos ni de nuestras pasiones sino del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones por el bautismo y la confirmación que hemos recibido.

Esta es la buena noticia ¡Podemos amar como Dios ama! ¡Podemos ver el mundo con ojos misericordiosos como los de María! Y, por esta razón podemos construir un mundo nuevo en el que impere la fraternidad. No amamos y somos misericordiosos por nuestras propias fuerzas o méritos sino por pura gracia de Dios. Gracia que acogemos en el seno de nuestra libertad personal. Gracia que nos mueve a realizar las obras del amor misericordioso que la iglesia ha concretado en las catorce obras de misericordia: visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, visitar a los presos, enterrar a los difuntos, enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que se equivoca, perdonar al que nos ofende, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo, rezar a Dios por los vivos y por los difuntos. A estas catorce obras me he permitido añadir en la Carta Pastoral otras seis obras de misericordia más acordes con el momento actual: Ayudar a descubrir la fe en Dios a quien no la tiene o la ha perdido; ayudar a mantener la unidad y la fidelidad en la familia, mostrar a los jóvenes el verdadero camino del bien moral que conduce a la felicidad auténtica, procurar empleo a quien no lo tiene, respetar y proteger la vida humana en todos los tramos de su existencia y colaborar en la consecución de una sociedad más unida, más justa y fraterna.

En este año Jubilar de la Misericordia, los santuarios de la Virgen María tienen un especial atractivo para renovar, fortalecer y descubrir el amor misericordioso con el que somos amados por Dios, especialmente, en la celebración del sacramento de la penitencia y de la eucaristía. Son verdaderas casas de misericordia donde aprendemos a ser misericordiosos como nuestro Padre es misericordioso. Donde aprendemos a perdonar y olvidar como la Virgen María

Al ser atraídos por la misericordia de Dios nos damos cuenta de que no estamos solos en este mundo luchando contra las fuerzas del mal. Dios está en medio de nosotros, nos acompaña y nos indica el camino que lleva hacia el bien y hacia la verdad que nos hará libres con la libertad de los hijos de Dios. Somos nosotros los que, a veces, no queremos escuchar su voz y reconocer su amor porque nos creemos autosuficientes y despreciamos la mano protectora de Dios. Pensamos que mañana va a ser igual que hoy. Que al despertarnos podremos encender la luz, abrir el grifo de la ducha, desayunar e ir al trabajo en el campo o en la ciudad. Normalmente esto será así porque Dios lo quiere así. Pero tenemos que darnos cuenta que no somos dueños del futuro porque el futuro está en manos de Dios. La sociedad tecnológica actual nos ha quitado los miedos porque nos garantiza seguridad. Pero ¿Realmente estamos seguros después de haber visto lo que sucedió en Italia como consecuencia del terremoto?

Sólo estamos seguros en las manos misericordiosas de Dios que nos protegen del mal en la vida y en la muerte. Acércate, pues, al Señor. No tengas miedo. Él está deseando perdonar nuestros pecados, ayudarte a reconstruir tu vida rota por el pecado, a salvarte del pecado, de la enfermedad y de la muerte. Él quiere darte una nueva vida, su misma vida en la que ya no habrá llanto, ni dolor, sino paz y amor sin fin.

Fíjate, ahora, en la mano derecha de Nuestra Señora. Porta el fruto de la tierra. Nos lo muestra para que recordemos que todo bien viene de lo alto. El fruto que producen nuestros campos también es obra del amor misericordioso de Dios que cuida de nosotros hasta tal punto que ni un cabello de nuestra cabeza cae sin su permiso. Os invito, queridos hermanos, a presentar a Nuestra Señora del Campo a todos los agricultores y ganaderos de nuestra diócesis. Ellos viven mirando al cielo para que ni la lluvia ni el sol malogren las cosechas y los ganados. Pidamos que la sociedad reconozca su trabajo y lo valore justamente. Pidamos por sus familias y por el progreso de los pueblos donde habitan. ¡Nuestra Señora del Campo, ruega por nosotros!

+ Juan Antonio, obispo de Astorga